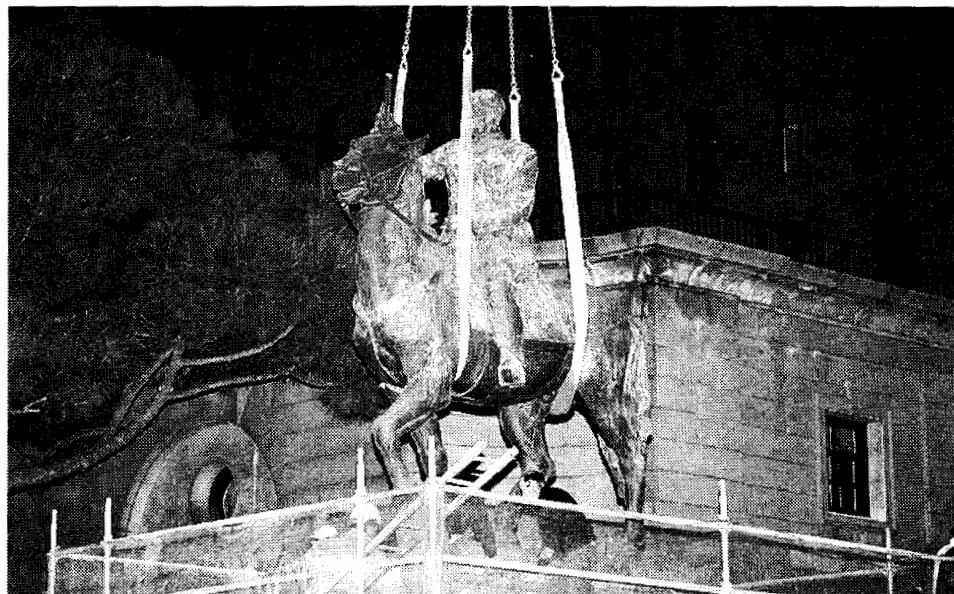


Al almacén del olvido

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

«No hay mayor pérdida de tiempo que ocuparse en exorcitar los fantasmas de la memoria de los pueblos con rituales de aniquilación de símbolos. Sólo el trabajo firme en pro de la libertad merece la pena»



MIS pocos gustos cinematográficos hacen que me centre en un pequeño ramillete de películas que son las que realmente me entretienen. De entre ellas, y vista ya en diecisiete ocasiones, espigo 'Los Diez Mandamientos', típico y espectacular producto de Cecil B. de Mille. De entre sus escenas me viene a las mientes aquella en la que el atribulado faraón, ante la realidad de que Moisés está llamado a liberar al pueblo de Israel, ordena solemnemente, cinematográficamente, eliminar la memoria del hebreo y destruir toda mención existente en edificios y monumentos.

Esta es la práctica, tan frecuente en Egipto y en Roma, según creo, de la *damnatio memoriae*, de la condena de la memoria. Institución de cuyos efectos ni siquiera se libraron emperadores y que, si se hubiese respetado en la integridad de sus efectos, hubiese privado a las generaciones venideras de referencias históricas de gran interés, supongo.

Los griegos, por su parte, inventaron la condena al ostracismo, en virtud de la cual aquél hombre público cuyo nombre fuese inscrito por los ciudadanos en seis mil *ostrakas* (conchas de ostra, según unos, trozos de cerámica, según otros), por su mala defensa de los intereses del Estado, era condenado al destierro, al ostracismo. Esta institución, por lo demás, no es solo patrimonio de los griegos de la antigüedad. Es habitual entre políticos de la actualidad, que los considerados desafectos por los aparatos de los partidos sufran semejante condena, bien por el procedimiento benigno de la patada hacia arriba, es decir, del disfrute de mullidos aburrimientos, o bien por el más expeditivo de hincar los colmillos del escarnio en el cuerpo del díscolo. En fin, esto del destierro de personas y símbolos es cosa harto frecuente. Así lo demuestra la última tendencia a la retirada de estatuas, bien ecuestres, bien pedestres, del general Franco, como consecuencia de un arrebató, no sé si de talante o de posmodernismo, que parecen sufrir algunos.

Que conste que al que esto escribe no le vinculan tendencias ni afectos con el régimen de Franco. Ni por edad, ni por convicciones. Sólo reconozco que, en sus años, aparecieron las clases medias en España, estrato social determinante para el advenimiento de la democracia. No soy, por tanto, sospechoso. Así que me puedo preguntar tranquilamente si retirando estatuas se borra la Historia.

No creo que con esto nada se consiga, salvo que algún desfasado se manifieste y dé los gritos de rigor. En España, por lo demás, tenemos problemas más importantes y más inquietantes, a los que dedicar el tiempo. Mientras algunos no dudan en hacer cuanto

está en sus manos para liquidar la pacífica convivencia y mientras otros se agarran a su cacho de terruño, que sólo quieren para ellos, eso sí, con la bolsa bien llena, otros desmochan pedestales.

Todo esto en un contexto de recuperación unívoca de la memoria histórica. Recuperación que, entiendo, no debiera ser plana, sino poliédrica, creo. Allí cada cual. Mover estatuas usando como punto de apoyo la soberbia es mal asunto.

El valor de los monumentos, que quizá encierren algo más que contenido simbólico, es el de ser, en mi opinión, testigos pétreos de la Historia. El de dar fe de lo que fueron sus tiempos. Mientras, nosotros, en un uso inteligente y comprensivo de las realidades, debiéramos tomar nota de quedarnos con lo bueno de aquello a lo que representan, y de evitar la repetición de lo erróneo. Y hoy, afortunadamente, no creo que existan razones para temer que moles de granito, de bronce, o de lo que fueren, nos hagan añorar los años de la autarquía, de la dictadura, del miedo. Ni que al hilo de esos recuerdos se pue-

dan echar de menos otros tiempos aún más pretéritos y no poco convulsos. La España tercermundista fue dejada atrás por una sociedad con ansia de libertad y de reconciliación. Por una generación que quería reflejarse en los países democráticos y prósperos. Por sucesivas oleadas de ciudadanos que, ya asentados en la democracia plena, no sienten nostalgias ni tentaciones. Que sólo quieren vivir en paz.

No creo que por apeear estatuas y dejar que se empolven en los almacenes del olvido se consiga nada. Las sociedades prosperan, creo, cuando pueden mirar hacia atrás sin ira, con los pies bien asentados en el presente, para poder dirigir la vista hacia el futuro con esperanza. No hay mayor pérdida de tiempo que ocuparse en exorcizar los fantasmas de la memoria de los pueblos con rituales de aniquilación de símbolos. Sólo el trabajo firme en pro de la libertad merece la pena. Alguna, por mirar hacia atrás, se convirtió en estatua de sal. Dios nos libre.

■ JUAN C. FERNÁNDEZ es concejal en Zafra

EL ZAQUIZAMÍ

Una segunda vida

UN viaje a París y Londres me ha impuesto la lectura acelerada, para no perder el hilo y porque se leen 'de un tirón', de dos novelas (siempre en el caso de con-

otra cosa que adentrarse en su espesura o esperar, expectante, por si se impone la tarde de sol como una segunda y salvadora vida. En el caso de figurar...

JOSÉ MARÍA PEÑA VÁZQUEZ



Fra
sec
Bal
123

«La
la at
cua
cua
PP s
mili
pue:
paio

El P
dir a
con
Meli
PGC
baja

J.J.

Juan
lehe
(20)

El C
dosa
para
con
de ca

El del
nos s
S. J. P
de E.
na d
mi. I
ter m
para
se qu
fem.
de se
dem.

José
Zapa
del C
20

S. a
so